

remonta a mis años de muchacho. Se trataba de un chico de nuestra edad muy poco crecido, pero muy inteligente, al cual tomábamos todos como centro y blanco de nuestras burlas y travesuras, acaso por un oculto sentimiento de envidia. ¡Lo que habremos hecho padecer a aquel pobre chico! ¡Las veces que le habremos hundido en el pilón de la plaza, que le habremos tiznado el rostro y que—unos más, otros menos—le habremos golpeado todos!... Me avergüenzo de recordar esto. Pues bien; más adelante, andando los años, cuando fuimos hombres, y la vida, de pronto, colocándonos, retadora, delante nos obstruía cruelmente el paso, ¿quién dirán ustedes que—a unos menos, a otros más—nos dió la mano en los momentos de apuro? Aquel muchachito, que había llegado a ser un hombre, no como nosotros, pobres derrotados en la batalla de la vida, sino «todo un hombre», con dinero, con prestigio y con autoridad. Aquel hombre era don Leandro, que fué gobernador de la provincia, que ha sido ministro, que será lo que le dé la gana. ¿Qué me dicen ustedes?

Callamos todos evidentemente preocupados. Don Marcial paseaba por el despacho. Detúvose, le miramos y dijo:

—Confío en la discreción de ustedes si adivinan quién es el sujeto de este otro ejemplo que voy a referir. Era hace unos veinte años, cuando fui llamado a filas. Había entre nosotros uno que apenas había dado la talla, delgaducho, desmirriado, feo..., casi grotesco. He hablado antes de la crueldad de los hombres

y de los niños. Por la crueldad se mide al hombre, como se le mide también por su espíritu de tolerancia, por su indulgencia para los ajenos errores, por esa como sabiduría innata que hay en algunos hombres, aunque no hayan recibido instrucción ninguna. Esta «sabiduría innata» estaba en aquel chico pobre y burlado; y esa triste crueldad estaba en todos nosotros. Recordar cuanto en aquel período de quintos hicimos con él es demasiado vergonzoso. Diré solamente que una noche, molestos por la paciencia resignada con que acogía nuestras crudelísi-

mas burlas, decidimos, exasperados ya, hacerle una que borrara en él aquella irritante sonrisa bondadosa. Y fué que, sorprendiéndole en el sueño, lo sacamos de la cama, atámosle con una sogá por los sobacos y lo descolgamos lentamente por el pozo.

—¡Qué barbaridad!—exclamó uno de los oficiales del Negociado.

—¿Y no protestaba?

—Sí—replicó don Marcial—. Cuando se vió colgado habló con una energía de

HOMBRES PEQUEÑOS Y GRANES HOMBRES



...La inesperada presencia del sargento de guardia frustró los desafíos...

que no lo hubiéramos creído capaz. Habló para decirnos que si no nos atrevíamos a asesinarle dejándole sumergido en el agua, en cuanto estuviese fuera nos desafiaría uno por uno a todos nosotros. Sus palabras impusieron respeto; le izamos, dejámosle en el patio y desaparecimos todos. Subió al dormitorio, vistiése y nos fué desafiando uno por uno, machete en mano. La inesperada presencia del sargento de guardia frustró los desafíos. Ya no le molestamos nunca más. A los dos meses había ascendido a cabo. Al año era sargento. Luego en la vida civil desempeñó puestos de mucha importancia. Más de una vez he temblado—así como suena—, he temblado luego en su presencia.

Sonó enérgicamente un timbre, y don Marcial salió. En aquel momento regresaba Flavio y sentóse en su mesa. El jefe volvió a los pocos minutos pidiendo un expediente. Entraba pálido y azorado.

—¿Ese expediente? ¿Pero todavía está usted a medias, Rodríguez?—dijo don Marcial, iracundo—. ¿Y qué le digo yo ahora al señor Director? ¿Falta mucho?

—Unos minutos, don Marcial—respondió el aludido—. Lo que usted tarde en contarnos alguna otra diablura del cuartel.

—¡Silencio!—replicó vivamente don Marcial asomándose a la puerta—. A lo mejor se nos presenta de improviso el señor Director, y si oye lo más mínimo, con una sola palabra que él recoja y pueda recordar...

Todos comprendimos. Flavio alzó la cabeza, miró al jefe y a nosotros. Era el único que no había entendido aquella frase cortada. Todos le miramos ahora con afecto y respeto, deseosos de que olvidara nuestra burla de antes.

...Y fué que, sorprendiéndole en el sueño, lo sacamos de la cama, atámosle con una sogá...

(Dibujos de Teodoro Delgado)



TEODORO DELGADO